

**Presentación de “El recuerdo nunca duerme” de José Luis López Enamorado**  
**Ateneo de Córdoba, 2 de junio de 2016**

Conocí a José Luis López Enamorado en esta misma sede ateneísta con motivo de la presentación del libro “Desde el puerto de la utopía” de nuestro común amigo Antonio Fernández Ferrer, con el tiempo justo, entonces, de intercambiar unas breves palabras de aproximación y cortesía. Sin embargo, ello bastó para que desde aquel momento se produjese entre ambos una especial sintonía que encontró después continuidad en el ámbito del proceloso piélago internáutico; o sea, atrapados en la red Facebook, donde venimos intercambiando una fluida comunicación creativa y fértil. A ese respecto diré que José Luis nos sorprende a diario con sus llamadas “figuras desasistidas”, un prodigio de breves reflexiones aforísticas, didácticas, lúdicas y delicadamente eróticas, ilustradas con magníficas imágenes, fruto de una técnica personal –la que él llama su “asistente”- plena de originalidad y plasticidad, que os recomiendo conozcáis.

Cuando hace unas tres semanas me propuso presentar aquí “El recuerdo nunca duerme”, no sólo acepté con sumo gusto, sino que agradecí ese gesto de confianza que venía a confirmar el sentimiento mutuo de afinidad y empatía al que antes me refería.

Vayamos, pues, sin más prolegómenos al poemario de José Luis. La palabra recordar procede etimológicamente del latín “recordari”: “re”, de nuevo; y “cor-cordis”, corazón, de tal forma que lo recordado vuelve a pasar por el corazón. Es así como López Enamorado viaja al núcleo de su memoria para reencontrarse con sus recuerdos y devolvérselos en forma de poemas. Recordar también significó antiguamente “despertar”: “Recuerde el alma dormida...”, nos decía Manrique en sus Coplas, con lo que el título cierra el círculo de su propio sentido y se justifica en plenitud. José Luis no vive de sus recuerdos, sino que los revive como experiencia vital acumulada que necesita ser expresada y compartida. Y sobre este soporte esencial que es la memoria, excava en sus estratos y remueve el material sedimentario con el que se construye el tejido vital. Las vivencias entendidas no solo como vestigio del pasado, sino como fluido espiritual que riega también nuestro presente. La revisión que José Luis hace en estos poemas de su pasado no es un simple ejercicio de nostalgia; no es una fruta vana, que diría Machado, sino la cosecha proustiana de las primeras y sucesivas sensaciones cartografiadas en su mapa biográfico y que le permiten reconocerse como el hombre que es hoy en un ejercicio de introspección creativa que crece en su soledad. Una soledad entendida como ámbito necesario para ordenar el material disperso de cuantas ideas, pensamientos y emociones captura a su alrededor. El oído fino de José Luis es un excelente diapasón para afinar los instrumentos del silencio e interpretar la sinfonía del tiempo. Palabras armónicas, fraseo pentagramático, versos que podría transformar en partitura. “Ruge en mí la música, mi alimento básico es la música”-escribe.

Con “El recuerdo nunca duerme” nos adentramos con su autor en las gravitatorias esferas del tiempo. Esferas que establecen una estructura planetaria con sus leyes de atracción y de interacción para dar forma al poemario. Tiempo para discernir que abarca, a su vez, el tiempo global, como seña de identidad, a modo de poética, toda una declaración de intenciones:

“Cada día me asomo a mi terraza para recibir al sol que llega abrazado por la brisa marina. No hay nadie en el interior, solo el sol y yo con los rumores de las mareas. Recorro entonces a los recuerdos y doy vía libre a mi pensamiento. Tengo que abrir agujeros en mi circunstancia para seguir viendo la vida con lentes de poesía”.

Un lúcido ejercicio de interrogación con el que el autor recrea y reconstruye la casa del alma. Poemas ubicados en la frontera de lo vivido real y el chispazo que cada recuerdo provoca. Una sensorialidad transversal que nos permite saltar de una a otra esfera a través de los versos: la del alma, la de la música, la de las ausencias, la de los sueños, la de la sociedad, la del mar...Para recorrer así toda la vida que avanza y retrocede en el recuerdo, que emerge de lo meditativo y se sumerge en la experiencia creativa y recrea esa parte del hombre en ininterrumpido movimiento, atento siempre a la presencia de cuanto le rodea y le conmueve. Un viaje interior que nos sitúa en la propia metamorfosis del autor, en su transformación permanente. Pero no es la mirada de un yo narcisista, sino la del yo que se pierde y necesita reencontrarse a través de la exploración de los recuerdos, los de los olores de su infancia granadina. El ferrocarril, metáfora de adioses y regresos: “Intento arrancar olores de carbonilla”.

Es la visión mística del paso del hombre por la vida en una visión que combina la idea con la imagen:

“Quiero ser como las aguas del Darro  
cuya voz se confunde con las de la ciudad”

(...) “hemos de guardar silencio para comprender su arte  
y recibir mejor su mensaje”

Estamos pues ante una patria de recuerdos, donde lo que ha sido una vez sigue siendo siempre, volviendo y ejerciendo su fuerza sobre nosotros. Porque como escribió Juan Ramón:

Como médanos de oro,  
que vienen y que van  
en el mar de la luz,  
son los recuerdos.

El viento se los lleva,  
y donde están están,  
y están donde estuvieron  
y donde habrán de estar...  
(Médanos de oro).

Lo llenan todo, mar  
total de oro insondable,  
con todo el viento en él...

Entremos en el tiempo polifónico de José Luis, abramos el libro con las llaves del alma (todo un símbolo de la editorial que lo acoge) y adentrémonos en los recuerdos de José Luis López Enamorado que, como pueden apreciar, no sólo lleva el amor en su ADN: también en su DNI.

Miguel Cobo Rosa